de los guantes de cabritilla tenga por jobéto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entonces será difícil comprar votos en las elecciones; entonces comenzarán á ser oscuros y miserables los empleados junto á los caballeros artesanos; entonces la república comenzará á tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que, emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque serio que se deslizó en la ensalada, y cambiemos de rumbo.

CAPÍTULO XII

Los pollos anidan.

DESPERTÓ D.ª Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y sólo sí diremos que D.ª Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz había velado; de manera que fué el primer consuelo que se le ofreció á D.ª Lola al despertar.

—¡Compadre! exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo,

síntoma que D. José calificó de favorable.

En lo primero en que estuvieron de acuerdo los dos compadres, fué en que debían desayunarse para proceder con acierto.

En seguida se entabló la discusión sobre el partido que debía tomarse en aquel grave asunto.

No faltó vecina que hiciera prodigios de mordacidad y de encono contra la prófuga; alguna ensayó su lengua; otra hizo revelaciones; otra dijo que ya lo sabía todo de antemano, merced á su policía y á su penetración, y el asunto, mil veces comentado, fué el sabroso pasto de la vecindad, erigida en gran Jurado; pero aquel cuerpo colegiado discurría menos y hablaba más, y estuvo á punto de parecerse á un Congreso hasta en lo de aceptar la peor de las medidas propuestas; por fin se decidió que don José de la Luz tomara el negocio

por su cuenta y empezara por averiguar el paradero de los pollos.

Así lo hizo el bueno de D. José, y como había sido en un tiempo juez de paz, discurrió que su primera providencia debía ser avisar á la policía.

Nadie conocía hasta entonces á Pío Prieto, ni á la policía pudo dar don José señas del cómplice, pues Casimira no había visto mas que dos bultos de varón y dos de hembra, que eran los cuatro personajes de la escena.

Pío Prieto no deseaba la terminación de aquel asunto; antes bien, hubiera querido prolongarlo indefinidamente, y cada nueva peripecia la acogía el pollo cómplice con entusiasmo.

Su primera diligencia fué buscar á un ámiguito que tenía en el Gobierno del distrito, para averiguar por medio de él si la policía iba á tomar cartas en el asunto, merced á alguna denuncia.

Tan acertado anduvo, que un cuarto de hora más tarde que la policía supo Pío que se pretendía seguir la pista á los raptores.

Arturo se vió obligado á recapacitar en situación tan crítica, y mandó por un coche.

El grupo se dispersó. Arturo y Concha montaron en el coche; á Pío Prieto se le encargó de pormenores, yendo y viniendo, y á Soledad se la consignó á Catedral hasta nueva orden; porque, según Pío Prieto, en Catedral no podía inspirar sospechas ni la policía tiene nada que ver con las devotas; de manera que la criada á poco rato estaba en un rincón, cerca un confesonario, bien arrebujada en su rebozo y como en espera de confesarse.

Antes de que la policía pusiese en ejercicio sus asechanzas, y que don José de la Luz, erigido también en policía particular, pudiese haber he-

cho nada razonable, Arturo había logrado atrapar á D. José, ni más ni menos que si se hubieran cambiado los papeles.

Razones, y de peso, emplearía Arturo, supuesto que el bueno de D. José no tuvo dificultad en ablandarse, y comenzó á oir al seductor, aunque con sorpresa, no por eso con menos benevolencia.

Convino D. José en que la justicia se inclina al lado del pudiente.

Convino en que Concha, si no se había de casar bien, que al menos no se perdiera mal.

Convino también en que para doña Lola y para él era mejor quitarse de una vez de quebraderos de cabeza.

Y por último, D. José se comprometió primero á retirar su denuncia á la policía, y enseguida á persuadir á D.ª Lola de que este es el mundo.

Terminada la conferencia, Soledad pudo salir de Catedral y Pío Prieto obrar en más amplia escala.

—Chico, le dijo Arturo á Pío, ¿qué hacemos con Pedrito?

—Pedrito es buen chico.

—Pero necesitamos ganarlo.

—No puede hacer nada.

—Pero siempre es bueno estar bien con todos.

—Bueno.

—Vamos por él á la oficina.

—Y lo *entrompetamos*.

Caló de Pío Prieto, con que significaba que lo emborracharían.

—Eso es.

—Cuando él está *jalado* (sinónimo peculiar de Pío), se presta á todo.

—¡Magnífico! Busquemos un carruaje.

A Arturo lo conocían muchos cocheros.

Los pollos llegaron á Palacio en coche; Pío Prieto fué á sacar á Pedrito, y los tres se dirigieron en seguida al Tivoli del Elíseo.

Era hora de almorzar.

Cuando los pollos hubieron engullido trufas y ostiones, y ya les reventaba el buche á tanta vianda y libación, creyó Arturo llegado el momento de aclarar su parentesco con Pedrito, y exclamó de repente:

—Somos cuñados.

—¡Hombre! dijo Pedrito.

—Te lo digo porque tú eres hombre ilustrado y suficientemente experimentado para abjurar errores y preocupaciones. Ya en México está muy admitida la costumbre de la unión libre, como se practica en Francia y en otras naciones cultas.

—Y esto tiene la ventaja, agregó Pío Prieto, de que las cosas tienen remedio, pues á la hora que uno de los dos se cansa.....

—Y que ya sabes, Pedrito, mi aversión al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así..... despreocupado; ya me conoces.

—Lo mismo que yo, dijo Pedrito.

—Y lo mismo que yo, agregó Pío Prieto.

La mancha más fea para los pollos en aquel momento hubiera sido la de parecer preocupados; de manera que el grave asunto del matrimonio y de la suerte de Concha se trató allí sin ceremonia y sin cortapisas.

—A tu salud, hermano.

—A la tuya.

—A la de los recién casados, gritó Pío Prieto abriendo su desmesurada boca y riendo como un carretonero.

—Ahora es necesario portarse bien, agregó Arturo. Voy á ver á un judío para que me descuente la segunda libranza de mi padre, para estar en aptitud de todo. Madama Celina va á alegrarse de esto, porque le voy á mandar hacer unos trajes á Concha, que ya verán ustedes. ¿Le debes mucho á tu sastre, Pedrito?

—Doscientos pesos.

—No te apures, yo pago.

—¡Quién fuera tu cuñado, chico! Los que tienen hermana; *¡peruno!*....

—Ya te llegará tu turno; dile á Salín que te haga un traje.

—Dame una tarjeta.

—Tómala.

—Arturo le dió una tarjeta en la que escribió algunas líneas.

Pío Prieto concentró toda la expresión de su reconocimiento en esta frase:

—¡Qué *templado* eres!

Y llenó, no la copa propia, sino un vaso de un litro con vino de Champagne.

—A tu salud, chico, dijo, y bebió vino á tragos gordos; al acabar dió un fuerte golpe con el asiento del vaso sobre la mesa, y se limpió la boca con la mano.

—Este se pone unas *monas* del demonio, dijo Pedrito muy alegre.

—Pues cuidado, porque te necesito, dijo Arturo.

—No tengas miedo, que *aquí hay canilla, ¡canastos!*

Los tres pollos entraron al coche, que paró en una mueblería de la calle de Donceles.

—M. Moncalián, dijo Arturo saltando del estribo.

—M. Arturo, le contestó Moncalián.

—Necesito un menaje completo y pronto.

—Lo que usted guste.

—¿A ver las camas?

—Tengo unas inglesas que acaban de llegar (hacía dos años).

—Esta.

Moncalián tomó una pizarra y apuntó: «Cama inglesa.»

—¿Y este ajuar?

—Es francés; nada de jalocote, rosa legítima; llevó uno igual el señor Pimentel.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEÓN

—Este, dijo Arturo. Tocador.

—¿Con mármol?

—Sí, hombre, ¿quién usa tocador sin mármol?

—Se echa á perder con la humedad, dijo Pío Prieto, para dar su opinión, como si tuviera mucha experiencia en materia de mármoles.

—Este, dijo Arturo.

Moncalián seguía apuntando, y en seguida preguntó:

—¿Adónde?

—Aquí está esta tarjeta; el portero se llama Vicente; la casa está vacía hace ocho días.

—Está muy bien, M. Arturo; ¿qué otra cosa?

—Alfombra, escupideras, lámparas, candeleros, en fin, usted me pone la casa.

—¿Se va usted á casar?

—Sí; pero no lo diga usted.

Moncalián se sonrió y apuntó en la pizarra.

—Aquel ropero, agregó Arturo.

—¡Qué lindo es! dijo Pío Prieto; ¿cuánto vale, M. Moncalián?

—Ciento setenta.

—No es caro, dijo con aplomo Pío Prieto.

Esta frase valía cincuenta pesos.

Los pollos volvieron al coche.

Dos horas después Arturo se separó de Pío y de Pedrito y volvió al lado de Concha.

Pedrito volvió á la oficina, y á pesar de su *sana* filosofía echó á perder tres copias.

Pío Prieto se presentó en la sastrería de Salin, y como Arturo le había dado dinero para los gastos de *aquel negocio,* Pío compró un puro de á dos reales para echar bocanadas de humo aromático al sastre.

Esto le pareció á Pío muy natural, y aun creyó que estaba representando muy bien su papel de señor.

Entretanto, la moral de Arturo iba

ganando prosélitos al grado de acallar los aullidos de D.ª Lola.

Don José de la Luz estuvo elocuente, y á D.ª Lola la iban haciendo más y más impresión los contundentes argumentos de su compadre.

Por desgracia, esto que pasaba con doña Lola se repite con una frecuencia lamentable en México, y si señalamos esta llaga social es para anatematizarla.

Si buscamos el origen de estos hechos, nos persuadiremos que este no es otro que el amor al lujo, esa aspiración constante de todas las clases de nuestra sociedad, excepto la ínfima, de llegar á una posición superior; pero no á costa del trabajo ni por medio de los recursos legales, sino arrostrando con todo miramiento y consideración.

Pedrito, haciendo su papel en el mundo elegante á costa de constituirse en un sér inútil y ocioso, cuyo por-

venir estaba ligado al prorrateo, era una víctima de esa pasión.

Concha, aspirando al lujo, por imitar á sus amiguitas, se había apoyado en el pasamano de Arturo para subir en la escalera social, y no estaba haciendo otra cosa que preparar su caída al abismo de la prostitución.

Pío Prieto, abandonando el patrimonio santo del trabajo, se escondía dentro de una levita de Salín para ser la larva del ladrón.

Arturo, parodiando las costumbres relajadas de las grandes ciudades, compraba con sus prendas físicas y con su patrimonio monetario la infámia y la desgracia de una joven pura.

La misma D.ª Lola cerraba sus ojos de madre al resplandor que la cegaba, y

—Con tal que sea feliz y tenga lo necesario, exclamaba, qué hemos de hacer..... tantas vemos que son dichosas; porque habiendo con qué.....

—Vaya, D.ª Lola, contestaba don José, eso es muy corriente; si viera usted en mi familia..... y tantos que hacen lo mismo. En realidad, los señores padres son los únicos que lo llevan á mal.

—Es cierto, compadre, todo muy cierto.

—Y todos, todos adoradores del becerro de oro, rompían abiertamente con las sabias prescripciones de la moral y minaban por su base la institución de la familia y secaban con sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana; estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generación cuyo porvenir nos horroriza.

FIN DEL TOMO II